

DISCURSO VI.

Sobre el mismo asunto ⁽¹⁾.

Laudate Dominum Deum nostrum, qui non deseruit sperantes in se... et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam, et in manu mea interfecit hostem.

(Judith, cap. XIII, vers. 17 y 18.)

Alabad al Señor, nuestro Dios, porque nunca desampara á los que en Él esperan... Y porque en mí su esclava confirmó la misericordia, y por mi mano decapitó al enemigo.

(Judith, cap. XIII, vers. 17 y 18.)

QUÉ edificante, qué consolador, y al mismo tiempo qué obligatorio es el objeto que hoy nos congrega bajo las bóvedas de este santo templo! No es ciertamente lo admirable el resplandor de las antorchas que lucen delante del sagrado tabernáculo, ni el aroma de los inciensos que se consumen y se ofrecen á la Majestad eterna sobre el ara del altar, ni la armonía de los cánticos, ni las plegarias de los fieles, ni la piedad numerosamente reunida; esto, mi muy querida congregacion y amado pueblo, el sentimiento de gratitud y el ostensible alborozo que hoy embriaga nuestro corazon. Y al decir *gratitud*, implícitamente se expresa la idea de un beneficio: al recordar un beneficio recibido, indispensablemente renace la memoria del sér generoso que nos le ha dispensado, y tanto más crece el agradecimiento, cuanto fuera mayor la necesidad ó la tribulacion que nos afligia, cuanto es más encumbrada la dignidad de quien nos favorece, y más miserables, indignas y defectuosas las circunstancias del favorecido.

(1) Predicado en Santo Tomás, en accion de gracias por la terminacion del cólera en 1855.

Hermosa viene la aurora á llenar deseos y realizar esperanzas tras de las opacas sombras y las melancólicas impresiones de la noche: mágica se ostenta la primavera cuando, porque Dios se lo manda, aleja de nuestra vista el invierno con sus ateridos despojos, alfombra el campo de flores, esmalta las flores con las perlas del rocío y rejuvenece nuestra existencia, imprimiendo en el alma la idea sublime y halagüeña de la grandeza de Dios. Risueño está el mar cuando, despues de habernos aterrado con sus furiosos bramidos, con el mecimiento irregular de sus ondas y las terribles consecuencias de sus deshechas tempestades, se nos ofrece como durmiendo, arrullado por las brisas y mecido en el regazo de una pacífica bonanza.

Todo esto es grande, cristianos; pero todo es muy pequeño, todo se desvanece como el humo ante el espectáculo de un corazon que canta la desaparicion del peligro y la restauracion y conquista de su apetecida felicidad: todo es nada en comparacion del gozo que inunda el alma que por la misericordia de Dios hoy entona dulcísimas alabanzas en las moradas del tiempo, cuando hace poco se veia rodeada de la incertidumbre y de los horrores de la eternidad. El enfermo que recupera la salud, el afligido á quien se le improvisa el consuelo, el esclavo á quien se le devuelve la libertad, el menesteroso que pròdigamente se vé enriquecido, todos se contemplan dichosos, todos panegirizan la bondad del Altísimo, todos sienten latir su pecho por motivos muy poderosos de gratitud; pero ninguno, señores, ninguno más dichoso por los beneficios recibidos, ninguno más obligado á la mano misericordiosa y omnipotente que se los concedió, y á la criatura immaculada, santísima y amante que interpuso para ello su valimiento, que esta ilustre corporacion que hace resonar hoy sus himnos de accion de gracias á Jesucristo sacramentado, porque se dignó librnarnos á todos de esa devastadora enfermedad que por tantos meses ha afligido nuestro suelo; y á la Emperatriz y Señora del Cármen, cuyo título invocó y á cuyo Escapulario se guareció, como á puerto de refugio, para librarse, si convenia, de la muerte; ó para morir, si así estaba decretado, con la muerte de los justos, y descansar eternamente en el ósculo del Señor.

Y toca á su colmo mi regocijo cuando veo, siempre llena de clemencia, siempre llena de dulzura, toda nuestra, porque apetece que seamos enteramente suyos, á Maria Santísima del Cármen, augusta Capitana de esta religiosa asociacion, colocarse al frente de ella, herir nuestros corazones con su mirada de candor, inflamar nuestros espíritus con la santa llama del amor divino, y decir al

presentarnos ante el s6lio del Cordero inmaculado: «Porque la muerte os amenaz6 y nosucumbisteis 6 ella; porque os circundaron por todas partes los gemidos y las cadenas de la tribulacion y los dolores del infierno; porque tantos perecieron v6ctimas de un azote de la Justicia divina, y vosotros, mis amados carmelitas, os salv6steis por el inagotable tesoro de sus bondades, venid 6 entonar vuestros loores, 6 hacer p6blica vuestra gratitud, y 6 estremecer con vuestras alabanzas la casa de nuestro Dios y Se6or, que nunca desampara 6 los que en 6l esperan: *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se.* Y porque en m6, esclava suya, pero sagrario de la Beat6sima Trinidad, confirm6 la plenitud de su misericordia, y por mi mano pulveriz6 y destruy6 al enemigo que os perseguia: *Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam, et in manu mea interfecit hostem.*

Demostraros que es justo, just6simo, aceptable 6 Dios y digno del aprecio universal este homenaje de accion de gracias que tributamos al S6r Supremo en la persona de la Virgen Sant6sima del C6rmen, porque el S6r Supremo, por la eficaz, y nunca desmentida, y siempre poderosa proteccion de Maria del Carmelo, nos ha librado de los funestos estragos del c6lera-morbo, es el asunto de mi discurso y de vuestra religiosa atencion.

Para que yo hable con acierto y utilidad para nuestras almas, imploremos en mi auxilio como el m6s 6 prop6sito, la gracia de Dios, por la intercesion de la Virgen de las virgenes, 6 quien saludar6mos, dici6ndola con el Angel:

Ave Maria.

La Escritura Santa, ese C6digo de origen divino, cuyo contenido est6 sellado por el esp6ritu que es la Sabiduria increada, sancionado por la Religion, admitido y destinado por la Iglesia, nuestra Madre, como alimento moral de todo el que peregrina en este valle de l6grimas, encierra dentro de sus p6ginas riqu6sima y venerable abundancia de erudicion para los que quieren de veras instruirse en las verdades eternas. En la Escritura encuentra el ciego la luz que le ha de dirigir por la senda de la verdadera dicha; el ignorante, la ciencia que ha de convertirle en un sabio profundo; el corazon llagado por los apetitos rebeldes, el b6lsamo de sus heridas y los medios m6s 6 prop6sito para refrenarlos; y el alma enferma y debilitada por la concupiscencia de monstruosas pasiones, la medicina para su lepra. En ella descubre el vir-

tnoso, modelos para perfeccionarse; el justo, una mina inagotable de virtudes para perseverar; el pecador, embelesado ante la multitud de cr6menes que perdon6 la Majestad bondadosa de Dios, se anima al arrepentimiento; el ingrato se aterra ante la consideracion de los castigos con que la Justicia de este mismo S6r prueba 6 los soberbios; y el esp6ritu, agradecido 6 los favores de una Providencia bienhechora, halla multiplicados t6rminos de comparacion para elevarse hasta Dios y adorarle y bendecirle, confesando que cuanto hagamos es nada en comparacion de lo mucho que de su mano recibimos.

Y el orador sagrado que reconoce en s6 la obligacion y la necesidad de hablar, que acepta el compromiso, superior 6 sus fuerzas, de interpretar los religiosos, y, mal que pese 6 los ilustrados reformadores de nuestros dias, los cat6licos sentimientos de vuestro corazon; el 6ltimo de los ministros del santuario que, hasta donde alcanzan las humanas fuerzas, tiene en vuestro nombre que dar gracias 6 Dios, y gracias 6 su Madre y Madre nuestra, por la prodigiosa conservacion de nuestra vida en medio del 6ltimo conflicto, tampoco necesita m6s que abrir el C6digo Santo, recorrer todas sus 6pocas, estudiar los sucesos figurativos que nos transmiten, y entre todos buscar uno que, en expresion del Profeta-Rey, le sirva de antorcha para sus senderos y de lumbre para sus caminos, sea im6gen fiel de una corporacion especial, de una heredad predilecta, de un pueblo de adquisicion para Maria, y libre por su mediacion de un enemigo formidable que amenazaba perseguirle hasta el exterminio. Y si le busco con cuidadosa solicitud, le encuentro, como iluminado por los resplandores de una luz eterna, y os le consigno como testimonio de esta verdad. Escuchadme.

El ej6rcito armipotente de un conquistador ambicioso y sanguinario que pretendia nada m6enos que ser la 6nica divinidad sobre la tierra, habia reducido 6 escombros y ceniza las ciudades m6s populosas del Occidente, habia deshonorado sus virgenes, sacrificado su lozana juventud, reducido 6 cautiverio 6 los ancianos y mujeres, y enrojeciendo con la sangre de los vencidos las procelosas corrientes del 6ufrates, atraves6, talando y destruyendo, cuanto encontrara hasta Mesopotamia, desde donde puso cerco 6 Betulia, ciudad dentro de cuyas almenas aguardaba y creia cercana la hora de una muerte ignominiosa la generacion de Israel. Vi6rase ent6nces 6 los habitantes de la infortunada Betulia, como reba6o de asustados corderos, agruparse en derredor de sus pastores los sacerdotes, huyendo del lobo que con fuerzas tan superiores pretendia devorarlos, y como bandada de t6midas aves co-

bijarse consternados bajo el techo del santuario para desarmar la diestra del Omnipotente con el ayuno, el cilicio y la oracion.

El sitio de la ciudad se estrechaba de dia en dia, y los recursos temporales habian desaparecido: el desaliento enervaba las fuerzas del cuerpo, y una sed atormentadora ahogaba insensiblemente la vida del corazon: el único remedio era la esclavitud, y el término funesto de tantas desventuras era solo la muerte. Y sin embargo, cristianos, Dios, que nunca abandona á los que en Él esperan, suscita prodigiosamente y hace salir del rincon más ignorado de la ciudad un sér privilegiado, envidiable por su hermosura y edificante por sus virtudes; y la mujer ante quien desde el príncipe hasta el esclavo rendian la frente para tributar homenaje á su santidad, aparece en medio de las turbas, radiante como el sol en el seno de las tinieblas, inflamada su alma con la gracia, y su corazon invulnerable por la fortaleza que descende de lo alto, y armada su diestra con el poder de Dios, anima á sus hermanos á pedirle que segun plazca á su voluntad confirme en ellos la misericordia: con el lenguaje de la justificacion les hace comprender que las calamidades que les rodean no son sino castigos de los pecados universales y particulares; y henchida de una fe que solo el triunfo puede darnos á comprender, les asegura, no sólo la libertad, sinó tambien la victoria, y vuela sin otras armas que la humildad, el amor y la caridad, á poner los medios de conseguirlo.

Pocos dias despues los tristísimos habitantes de la ciudad sitiada levantaban su frente del polvo de la humillacion, sus ojos se fijaban inmóviles y como petrificados en Judith que regresaba, enarbolando sobre las murallas de Betulia la cabeza del sensual Holofernes; el triunfo era de los sitiados; la causa la bondad de Dios, el instrumento aquella mujer heroica, y prodigiosa y esforzada, y el resultado, como no podia ménos de ser, una estrepitosa accion de gracias, un grito universal de alabanza y bendicion, y una ovacion completa del pueblo que saludaba á su magnánima libertadora, llamándola gloria de Jerusalem, alegria de Israel y esplendor de aquella generacion. Y Judith los conducia al templo, los indicaba el altar, les hacia descubrir el trono donde reside la Majestad eterna; y uniendo su cántico á las demostraciones de sus favorecidos, decia arrebatada del entusiasmo de un pecho varonil: *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se.* Alabemos al Señor nuestro Dios que no desampara á los que en él esperan. *Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam... et in manu mea interfecit hostem.* Y en mí, su

esclava, confirmó la promesa de su misericordia, y por mi mano decapitó al enemigo.

Nada, hermanos míos, me resta que decir de la Virgen Santísima del Cármen, porque ya lo habéis oido; nada tengo necesidad de interpretar en este pasaje, porque la gracia del Espiritu Santo os habrá dado á entender que Maria es la realidad de Judith, y que nosotros á ésta, más que á aquella los moradores de Betulia, es á quién, por razones que apenas exigen demostracion, debemos bendecir y glorificar, exclamando: «Tú eres, Reina y Señora de nuestro amor, la gloria de Jerusalem, la Iglesia; la alegria de Israel, España; y el esplendor honorífico de nuestro pueblo; es decir, de esta asociacion. *Quam possedisti ab initio.* Tuya siempre, pero tuya con más propiedad desde que con tanta fe viste el Santo Escapulario, reconociéndole como elemento de vida, y símbolo de alianza y garantia de salvacion.»

Y efectivamente: Maria, en el augusto título del Carmelo, es, más que realidad de Judith, realidad de sí misma, porque en Ella solo pueden realizarse maravillas que Ella exclusivamente podia prefigurar. Judith sola, libertadora única, heroína incomparable, por cooperadora desde la eternidad á la redencion del hombre, por la proteccion decidida que dispensa á su grey y por el poder con que nos ha libertado de la epidemia que hace poco nos affigia: Holofernes, aunque delegado de Nabucodonosor y seguido de un ejército de doscientos mil combatientes que destruyen cuanto pisan y subyugan cuanto pretenden, era un enemigo temporal que pudiera muy bien ser burlado por la retirada, vencido por el mayor número de fuerzas, á favor de una emboscada, ó por la circunstancia de una estrategia, como así se realizó.

El cólera-morbo es emanacion de un Dios infinitamente eterno; aparece como el rayo de una justicia que castiga inexorable, no sin ser al propio tiempo el alerta de una misericordia que perdona compasiva; es lanzado sobre la haz de la tierra como delegado de ese tributo inevitable que pagamos al Sumo Hacedor por nuestra rebeldía y la de nuestros primeros padres: como delegado y á disposicion del ángel de la muerte; y desde las remotísimas regiones del Asia se levanta en distintas épocas; pero se levanta invencible, se reproduce, hace trizas los diques que á su desarrollo pretenden oponer los modernos humanitarios, y sin medir distancias, sin respetar climas y sin guardar consideracion á edades, á gerarquías y á condiciones, recorre en pocos años el África, la América y la Europa; triunfa del poder de los entendimientos, se hace espantosamente terrible para una ciencia que no le comprende,

ridiculiza sus diagnósticos, burla y esteriliza su pronóstico, se entroniza en las ciudades, arrasa los pueblos, diezma las familias, tala en flor y casi repentinamente la vida de los individuos, y viste de luto el mundo y llena de consternacion al género humano.

No busquemos, para desenvolvernos de esta plaga, ni el cambio de residencia, ni la emboscada, ni la estrategia, ni el aglomeramiento ó disminucion del número de personas. El cólera, de los dos extremos que hay en la naturaleza, no reconoce más que el de la muerte: el médico sin fe, ó con una fe débil é insegura, cuando se dispone á combatirle en este ó en el otro carácter, con este ó con el otro medicamento, vé, sorprendido, el rumbo distinto que toma la enfermedad; siente vendársele los ojos por una mano que no puede distinguir, y tiene, con harto dolor de su corazon, que cruzarse de brazos á la cabecera del enfermo. Este á su vez, en medio de las violentas y horrorosas sacudidas del mal, advierte que se le concluye, primero que el aliento de la vida, la vida de la esperanza; y, presas del frio de la muerte, antes de pertenecer á las mansiones del sepulcro, lloramos exámenes ahora á los que hace muy poco reconocíamos como un plantel de robustez y de lozanía.

Nò, católicos; no hay punto de comparacion entre el uno y el otro enemigo, como no hay tampoco más que una semejanza descolorida entre la una y la otra libertadora. Si Judith por su amor al prójimo y el ejercicio de la virtud sobresale en el órden de la naturaleza, es una mujer de origen comun; Maria nada tiene de comun ni con aquella mujer célebre ni con ninguna de las criaturas más santas que han existido y existirán hasta la consumacion de los siglos; Maria es la recopilacion feliz de lo más encantador de la naturaleza y de lo más magnífico y perfecto de la gracia. Aquella protege como hermanos, es verdad, á todos los individuos de una nacion; pero si ha de asegurarlos la libertad y la vida, es necesario que con frente serena arrostre el peligro, abandone su albergue, penetre con riesgo inminente en el campamento asirio, y decapite al mónstruo con el alfange mismo que era la devastacion del mundo.

Maria, sin abandonar el asiento glorioso que ocupa cerca de la Santísima Trinidad, tiende su mirada benigna sobre las desgracias, nó de sus hermanos, sinó de sus propios hijos; y como el amor de una madre en nada se parece, y sobresale por lo sublime y perseverante sobre los sentimientos de cariño de las demás criaturas; como una verdadera madre siempre es buena para sus hijos, y como nosotros somos dos veces hijos de Maria, una por adopcion

en el Calvario, y otra por filiacion en el Carmelo, tócanos en el hombro con la punta de su cetro, que es la misericordia; nos muestra al fruto de su vientre, que es Jesus; fortalece nuestro espíritu con su vigilante custodia, reanima nuestra fe en los momentos del mayor peligro, derrama en nuestro corazon el bálsamo de la esperanza; y cuando suplicantes nos mira á sus piés, unidos con los vínculos de una fraternal caridad, entónces con una inspiracion divina nos hace comprender cuánto vale el Escapulario que vestimos, cuánto puede en nuestro favor la invocacion de su nombre, y cuánta gratitud la debemos, porque en Ella confirmara el Señor su misericordia, y con su mano derrotó á nuestro cruel enemigo. *Et in manu mea interfecit hostem.*

Yo me figuro, y con una propiedad innegable, que Maria Santísima, penetrando en el fondo de nuestros dolores, y midiendo con una exactitud solo propia de la que en un dia fué la Reina de todos los dolores, la intensidad de nuestras congojas, me figuro, digo, que con lábios dulcísimos y maternales se expresa de esta manera: *Non enim pro te, sed et pro omnibus hæc lex constituta est.* No temas; si para todas ó para mayor parte de las naciones y familias del globo, para tí, mi querida asociacion, no se ha fulminado este anatema de muerte. ¿Tuyo es mi Santo Escapulario? ¿Tuya es tambien la salud! ¿Con fe y con esperanza le vistes? ¿No se acercará á ti ni el hálito de la enfermedad! ¿Perseverancia prometes en mi amor y devocion? El castigo desaparecerá, y no solamente *pro te*, no sola tú, *sed et pro omnibus*, sino cuantos me invoquen con el título del *Cármén*, vivirán, recibirán gracia para justificarse y cantar mis alabanzas en este mundo, y para despues en el otro glorificarme y glorificarse en perpétuas eternidades.

Ya me parece que algun *espíritu fuerte* de esos que para amargura de la Iglesia abundan tanto en nuestro desventurado siglo, se atreve ¡insensato! á decir que esta firme seguridad es una consecuencia legitima del *fanatismo*. Yo, mis queridos co-hermanos, admito gustoso una calificacion que tanto nos honra, como que el ser fanático en los presentes dias en materias de Religion, envuelve una profesion de fe católica: y en cumplimiento del imperioso deber que me impone el sacerdocio, contesto al que así se exprese que la historia tan prodigiosa como breve de los acontecimientos, no admite impugnacion, y que sella el carácter de la verdad cuanto en este lugar se dice con la intencion y espíritu de nuestra Santa Madre la Iglesia. Cuento un instante más con vuestra indulgencia y voy á concluir.

El dia 24 de Agosto del año que acaba de terminar, la tribu

carmelitana, en este mismo sitio, se postraba á los piés de su Patrona, prometia penitencia por sus culpas, pedia perdon, y derramando lágrimas, nacidas de un sentimiento altamente cristiano, lloraba con la mayor intensidad y desconsuelo el propio infortunio y el infortunio de sus semejantes. Desde aquella fecha sabido es que la epidemia tomó un desarrollo que ennegreció nuestro firmamento; la asociacion del Cármen se estremeció tambien, porque la mano de Dios la habia tocado: aquí un padre temblaba ante el espectáculo de un hijo moribundo: allí una madre dividia los cielos con sus clamores en favor de su hija, que era poco ménos que un cadáver: de esta parte el esposo iba á perder la consorte, súbitamente acometida, ó ésta veía cercano el fin de su compañero; pero detrás de las tinieblas estaba la luz; el que no tenia el Escapulario sobre el lecho de muerte, tenia el escudo mágico del Cármen impreso en el centro de su alma; en el fondo de su corazon retumbaba la promesa de Maria, y esperaban en Ella.

Y como esperar en Maria Santísima del Cármen es esperar en el Señor, y como el Señor nunca desampara á los que en Él confían, decretó y se cumplió que el hijo en la compañía de su padre, la hija conducida por la mano de su madre, el esposo y la esposa en santa union, todos los enfermos restablecidos, y los nó invadidos en el goce de completa salud, con ligeras excepciones, todos, pueblo cristiano, por la divina misericordia nos encontráramos hoy aquí congregados y para cumplir con el solemne deber de dar gracias á Dios, poniendo nuestra ofrenda en las manos mismas á quien confiamos nuestra rogativa fervorosa; es decir, en las de la Virgen Santísima del Cármen, que por el amor que nos viene manifestando con señales inequívocas, se ha dignado favorecer en el conflicto, amparar en la tribulacion y librar del mortífero azote á cuantos tenemos la dicha de vestir su celestial Escapulario.

Pero con una circunstancia muy notable. Antes de la devota rogativa; dos asociadas nuestras fueron acometidas, y ambas fallecieron, esperanzas en Dios, en el sueño de la paz y en los brazos de Maria. Ahora bien; ¿moririan solamente aquellas por criminales y dignas del castigo á los ojos de Dios? ¿Nos habremos salvado nosotros por inocentes y por justificados? Ni lo uno ni lo otro debemos asegurar, sin incurrir en la nota de temerarios. Yo únicamente os diré que aquel triste suceso debió ser y fué para nosotros un aviso de la divina Justicia, que llamándonos á contricion, impulsaba á nuestras almas á disponerse para hacerse dignas de la divina misericordia.

Tengo manifestado con la posible claridad el beneficio; y reunidos aquí todos para ofrecer nuestro reconocido homenaje al Eterno y á Maria Santísima, innecesario creo detenerme más á probar, con razones que están al alcance de toda criatura sensata, que este homenaje es justo, justísimo, aceptable á Dios y digno del aprecio universal. Jesucristo nos redimió por amor; Maria Santísima nos ha favorecido por amor: al Hijo debemos y tributamos perpétua accion de gracias; á la Madre hoy y desde hoy para siempre debemos y consagraremos por esta maravilla de su singular ternura, loor eterno y bendicion incansable. Loor eterno á Jesucristo, que en el inefable sacramento de su amor nos ha justificado que nunca desampara á los que en Él esperan; y bendicion incansable á Maria Santísima, porque en Ella, su esclava, confirmó la promesa de su misericordia, y con su mano benéfica alejó de nosotros el cólera-morbo. *Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se... Et in me, ancilla sua, adimplevit misericordiam suam... et in manu mea interfecit hostem.*

Gracias, dulcísimo Jesus Sacramentado, porque sobre la yerta ceniza de millares de nuestros hermanos que han perecido, habeis permitido que sobrevivamos nosotros para cantar vuestras alabanzas en este destierro miserable. No seríamos cristianos si no fuéramos caritativos, y no seremos caritativos si no os recomendamos especialísimamente en las oraciones de este dia las almas de los que hace poco nos precedieron, sucumbiendo al azote de vuestro rigor; y os suplicamos con toda la efusion de la nuestra que si ahora padecen, que si ahora expian, las trasladéis triunfantes y purificadas á las moradas de la sempiterna felicidad.

Gracias, Virgen Santísima del Cármen, porque habeis sido para nosotros en época tan azarosa lo que siempre fuisteis y continuareis siendo para los desventurados hijos de Adán: vida, dulzura y esperanza nuestra. Hoy reconocemos y confesamos que á Vos debemos la existencia; hoy reconocemos y confesamos tambien el deber que tenemos de daros infinitas gracias: pero gracias que no sean estériles, ni hijas de un arranque de entusiasmo, pasajero como la fugitiva luz de un meteoro; sino gracias positivas, gracias prácticas, que haremos consistir en la reforma de nuestras costumbres, en el adelanto de nuestra perfeccion, en el suave olor que exhale nuestros buenos ejemplos, y en la imitacion de vuestras virtudes, asistidos siempre, por supuesto, con los auxilios de la divina gracia.

De este modo y nó de otro podremos hacer constar, en presencia de los actuales enemigos de nuestra Religion, que somos

hijos del Cristianismo: que vivimos unidos, sin separarnos jamás, y no lo permitais, Señora, á la Iglesia católica apostólica romana: que somos dignos de vestir vuestro Santo Escapulario, que como radiante nube nos libre del Faraon infernal en la noche tenebrosa de la vida; á la hora de la muerte se nos ofrezca como áncora de esperanza contra los asaltos del demonio, como escala de Jacob, por donde subamos sin temores á oír á vuestras plantas una sentencia favorable, y allí se nos convierta en inmortal y glorioso pabellon, á cuya sombra bendigamos los santísimos nombres de Jesus y de Maria, y disfrutemos las inefables delicias de una bienaventurada eternidad, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO VII.

Maria de las Mercedes.

Venite, et videte opera Domini.
Venid y contemplad las obras del Señor. (David, Salmo 45, vers. 8.º)

INSPIRADO el Real Profeta David y enajenado en la contemplación de las obras de la Divinidad, invita con las palabras de mi texto á su pueblo para que reverencie y admire en cada una de ellas un prodigio singular y extraordinario. Esto era entónces, señores, cuando, aunque palpable á la vista de todos los vivientes el portentoso fenómeno de la creación y de la formación del hombre del barro quebradizo de la nada, faltaba por consumar el prodigio de los prodigios: la redención del género humano.

Hoy, que todo está ya concluido, cuando hace diez y nueve siglos que la noche de los símbolos y de las figuras huye desparorida al despuntar risueña la aurora de la realidad y de la gracia, convoco yo á todos vosotros, sacerdocio real y pueblo de la adquisición, para que, iluminados por la fe y entusiasmados por el amor de vuestras venerandas creencias, admiréis tambien todas las obras del Supremo Hacedor como una maravilla en general, y separadas é independientes las unas de las otras como una maravilla en particular: *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

Y efectivamente, católicos: por más que los materialistas y los impíos se obstinen en hacer triunfar á la materia del espíritu y la razón humana de la razón divina, y proclamen á la naturaleza como autora única y por sí sola de cuanto nos rodea, la naturaleza misma los rechaza y los desmiente, publicando que debe su existencia á un amor que no puede imitar, á una sabiduría que